

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 19 - Nº 287 - 01 de abril de 2025

Ayuno, el amor que une

El verdadero ayuno es hacer justicia, hacer obras de misericordia, ayudar al hermano necesitado.

En distintos pasajes del Evangelio, Jesús parece no darle mucha importancia al ayuno, por lo menos en la forma como lo practicaban los judíos. Jesús más bien libera del ayuno como libera de la ley, y reacciona contra un ascetismo exagerado. Prohíbe echar vino nuevo en odres viejos: no se somete a las mortificaciones del asceta, sino que se porta con la libertad irradiante de un Hijo de Dios

Cristo no quiso ni buscó la cruz. Él amó y obedeció, y la cruz le cayó encima por añadidura. La nobleza de la pasión de Cristo proviene de que no fue una obra de ascesis, una mortificación premeditada, sino sencillamente una fidelidad de amor.

Cristo no perdió el tiempo buscando la manera de sufrir. No se distrajo de su Padre ni de su misión para ocuparse de sí mismo, ni siquiera de ese modo. Buscó en todo la voluntad de su Padre y se entregó enteramente a los hombres. Y esto lo llevó a la cruz. Y es esa la cruz que Jesús nos invita a llevar: la que resulta naturalmente del amor a Dios y a los hombres, y no la que a nosotros nos gustaría escoger.

Nuestro ayuno, entonces, es auténtico si lo hacemos por amor- por amor a Dios, por amor al hermano necesitado a quien le ayudamos con nuestra limosna, etc.

Porque el auténtico amor no sólo se libera de sí mismo, sino que busca al otro. Es la fuerza unitiva del amor. Es una fuerza que no se contenta con un simple estar con el otro o junto al otro. Sino impulsa hacia un profundo estar en el otro. Es un decirse mutuamente: “yo en ti, tú en mí y los dos el uno en el otro”.

El amor busca y encuentra la unión espiritual entre el tú y el yo. Nos lleva a una unión de corazones, un intercambio de corazones, una fusión de corazones. La meta de la Alianza con María es llegar a ser un solo corazón y un solo latido.

Es la comunidad de destinos: La idea es que nos pertenecemos el uno al otro por toda la eternidad. Esto vale para con la Virgen, con mi pareja, con mi familia, con mi grupo. Ya no estamos solos: Dios nos ve siempre juntos. Y no le gusta ya a Dios, si uno va solo hacia Él - ya no quiere vernos solos ante sí, sino juntos con nuestros aliados.

Es como que si nos preguntara: ¿Dónde están tus seres queridos? ¿Dónde están tus hermanos de comunidad? Y cuando rezamos o vamos a la iglesia, hemos de llevarlos a todos con nosotros, hemos de unirnos espiritualmente con todos ellos. Esta es una verdadera comunidad de destinos.

Ahora, esta unión de corazones no es cosa fácil. Nos cuesta y hace sufrir. Y es que aquí en la tierra todo amor profundo debe ser elevado en la cruz.

Pero que no tengamos miedo a la cruz y al sacrificio. Porque a la pasión y la muerte en la cruz sigue la mañana de Pascua de Resurrección con la conquista victoriosa del mundo. El Viernes Santo es para siempre la garantía imprescindible para que brille el sol de Pascua.

Queridos hermanos, pidámosle, a la Virgen María que nos dé fuerzas y gracias, para encontrarnos y unirnos más profundamente con Ella. ¡Que nos vaciemos de nosotros mismos y nos llenemos de su amor y fidelidad! ¡Y que crezcamos también en el amor y la entrega a todos nuestros hermanos!